

# Una vida novelesca

**Una mujer, la gran escultora Camille Claudel, esperando, siempre esperando, a su por ella endiosado amante, el gran Auguste Rodin, en muy interiorizada narrativa**

✪ SANTIAGO AIZARNA

La de Camille Claudel (1864-1943), ya fue, de por sí, una vida novelesca. Una vida tan ninguneada por tantos diversos acontecimientos que tienen un punto de comienzo y prosecución que van a parar –para ella– en un personaje imán, una especie de dios especialmente macizo en donde confluyen todos los pensamientos y afanes de esta gran escultora que parece que fuera la esclava total del, por supuesto, siempre ponderable hasta el extremo en terrenos escultóricos, Auguste Rodin (1840-1917).

Para contarnos la muy silenciosa vida de la protagonista de esta novela, recurrió Michèle Desbordes (1940-2006) –autora de novelas como ‘La petición’ (1990) que fue traducida a varias numerosas lenguas, después de una buena acogida en Francia, donde recibió varios premios, y de ‘L’Habitué’ (1997), ‘Le Commandement’ (2000), ‘Un été de glycine’ (2005) o como ‘Les Petites Terres’ (2008, póstumo)– a un momento de espera.

Unas esperas estas que pueden hacer recordar a aquel «varón en tierra de Hus, llamado Job» de quien habla la Biblia. Más asendereada sin duda la paciencia de Camille que la del husita pues que nunca se revolvió, como si en cambio el paciente por antonomasia, y es acierto de principio de novela este de la novelista Desbordes para el que suelta sus mejores escencias:

«Era cuando ella lo esperaba. Era, sin duda, en los días en que ella lo esperaba cuando, habiendo reunido la carta que anunciaba su visita y, tomando una de las sillas del corredor, se instalaba fuera para esperarlo, arrastraba la silla por la hierba junto a la escalera de entrada y se sentaba a la sombra de los robles, y un poco de sol atravesaba las ramas, jugando sobre la grava y el boj, las flores a los pies del árbol. El la encontraba allí cuando llegaba, sentada en aquella silla delante del pabellón,

inmóvil y con las manos cruzadas sobre el regazo, con aquellos vestidos grises o marrones, siempre los mismos, y aquel sombrero con el que se la ve en las fotos, del mismo color indefinible, y que en los primeros años le enviaba su madre, asegurándole que le haría falta; estaba allí, inmóvil y silenciosa, y acechando el instante en que él aparecería por el sendero, el pequeño camino escarpado por el que ascendería desde la plaza arbolada donde aparcaban los coches, acechando ese momento mientras ya pensaba qué le diría, cuánto tiempo hacía que no lo veía, meses, estaciones enteras, desde el verano o la primavera anterior, y aún más, cuando pasaban años sin que él realizara el viaje. Y entonces, sacaba un cuaderno del bolsillo, lo hojeaba y buscaba las páginas y las listas, desgranadas unas encima de las otras las fechas y las estaciones que ella había tomado la costumbre de anotar, registrando ahí, año tras año, todo lo que había que registrar respecto de los días, los acontecimientos o las cartas que recibía. Incluso allí en Montdevergues, donde tan pocas cosas pasaban, mantenía aquel hábito, pidiendo una y otra vez con qué escribir, papel para las cartas y un cuaderno en el que a veces la veían tomar notas; necesitaba cuadernos, decía, y anotar todo cuanto había que anotar respecto al paso del tiempo».

La estancia, estado o estadia o espera (o «esperanza o desesperanza» admitanse todos los calificativos sinónimos que de esta mujer sedente pudieran darse de su interno vivir o soñar que viene a ser lo mismo en este caso y en tantos otros que acaso en todos) cuenta con la soberana ayuda de una pro-

sa porosa que va adentrándose como marea que todo lo anega y nos va dando no sabría decir yo si la radiografía o la exégesis de un alma en consunción que nunca se quema y no se apaga por su negativa condición comburente acaso o por-

que su flama amorosa con todo puede, que es por eso que uno dirige la mirada hacia ella y la ve abierta pero ensimismada, la ve como de oído obturado, de cartilagos revirados, y lo que hace la maestría narrativa y psicológica de Desbordes es adentrarse por esa sima de la personalidad tan activa por pasiva que pueda parecer de la protagonista y derivar desde un momento dado hasta el fin en la propuesta de ese ‘vestido azul’ que figura como título de la obra; irse recogiendo como emanaciones suyas y de su intimidad igualmente y que de ella trascienden historias varias de memorias entre las que ocupan lugar pertinente sus vestidos, digamos que derivando de «telas de vieja, tan pálidas y descoloridas que adquieren una especie de dulzura», «el vestido de lana, de franela a rayas, que ella reserva para los días de visita, y con el que con el sombrero de paja y las manos sobre el regazo posa años atrás para la fotografía que todos conocemos, cuando Jessie Lipscomb, de paso por la Riviera, se desvía para verla»; entre «pequeños caballos blancos, las largas y alocadas crines danzando al viento y aquellas caras tan finas, tan delicadas, observan ellos, les recuerdan a los caballos de San Marcos», se sustituye al vestido triste de vieja aseadita y presentable, «otro, que él nunca le habría visto, azul como sus ojos, azul como el mar en el que se hallan ese día, un vestido largo y azul, tan largo y tan azul, tan ligero al viento, que a él le parece de otra época, le parece un vestido de otros tiempos, y de un algodón, de una tela, que expresa lo radiante de un día de verano, y la felicidad, la alegría que lo acompañan; una tela que se alza al viento, que golpea ligera los tobillos, y que a veces se agita vivamente a su alrededor. Un calicó, una estameña de color azul. Una tela suave por la que pasa el aire, la brisa de la orilla».



**EL VESTIDO AZUL**

**Autor:** Michèle Desbordes.  
**Género:** Novela.  
**Editorial:** Península.  
**Páginas:** 152.  
**Precio:** 16 euros.



✪ ILUSTRACIÓN  
IVÁN MATA